

N E R E A



R I E S C O

# M O R G A N A

*La leyenda artúrica empieza  
donde termina el silencio de Morgana le Fay.  
Toda historia necesita una villana*

NEREA RIESCO



MORGANA

Primera edición: junio de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Nerea Riesco Suárez, 2026

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España.

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.com](http://www.contraluzeditorial.com)

ISBN: 979-13-87810-75-7

Depósito legal: M. 6.000-2026

Printed in Spain

*A mi lector cero, mi contacto de emergencia;  
a quien quiero a mi lado en las alegrías y en las penas.  
Mi amigo. Mi compañero. Mi amante. Mi familia.  
A Gabriel.*



## NOTA DE LA AUTORA

Morgana le Fay es un personaje esencial de la leyenda artúrica. Su nombre aparece por primera vez en un texto del siglo XII. Su autor la presenta como un hada bella, poderosa, benefactora, con conocimientos en astronomía y medicina. Es a partir de los escritos del siglo XIII cuando su figura se deforma hasta convertirse en una horrible bruja, la ancestral antagonista de su hermano Arturo.

En las siguientes páginas sigo la pista de las apariciones de Morgana en los textos clásicos. Sirviéndome de la imaginación, relleno los huecos que los escritores dejaron vacíos, destacando aspectos de su vida que pasaron por alto, los que nos permitirían comprender la complejidad de un personaje fascinante.

N. R.



«Es experta en el arte de curar y sobrepasa al resto de sus hermanas por su radiante belleza. Morgana es su nombre. Ella sabe muy bien cuál es la virtud de cada planta a la hora de curar las enfermedades del cuerpo, y también conoce el arte que le permite transformar su apariencia y, con plumas recién surgidas, atravesar los aires como si fuera Dédalo».<sup>1</sup>

*Vida de Merlín*

GEOFFREY DE MONMOUTH (en torno al 1150)

Primera aparición de Morgana en un texto literario

---

<sup>1</sup> G., Monmouth, G. d. (1994). *Vida de Merlín*. España: Siruela.



# 1

## NACIDA DEL MAR

«¿Acaso las gentes del mar no aseguran que el castillo  
de Tintagel está encantado  
y que, por sortilegio, dos veces al año, en invierno  
y en verano, se pierde  
y desaparece a la vista? Pues ahora ha desaparecido».<sup>2</sup>

*Tristán e Isolda*  
JOSEPH BÉDIER

Llegué al mundo uno de esos días en los que el castillo de mi padre se torna invisible. Habréis escuchado hablar de ello en los versos y canciones que los bardos lanzan al viento, pero, aunque no podáis creerlo, quienes habitaban dentro de los límites de la fortificación desconocían aquella singularidad. Todos, incluidos los animales, desaparecían junto a la fortaleza, sin que sus cuerpos o sus mentes sufrieran daño alguno. Podían verse y tocarse entre ellos, de manera que seguían con sus vidas como si tal cosa, ajenos a la magia que los envolvía y de la que formaban parte. Y se hubieran mantenido ignorantes de no ser

---

<sup>2</sup> Bédier, J. (2011). *La historia de Tristán e Isolda*. España: Acantilado.

por el mensajero que Aurelio Ambrosio y Úter, los hijos del antiguo rey Constantino, enviaron para solicitar la ayuda de mi padre. Los jóvenes caballeros desembarcaron en la isla unas semanas antes para enfrentarse al usurpador Vortigern, dispuestos a recuperar el reino que por derecho les pertenecía. Para una empresa de semejante magnitud necesitaban todos los brazos armados que pudieran movilizar.

Al mensajero le indicaron que encontraría el castillo del duque Gorlois de Cornualles caminando hacia poniente, dejando el mar a su izquierda. Pero al aproximarse al lugar en el que la fortaleza debía surgir majestuosa sobre la roca, el hombre, asomado al acantilado, tan solo intuyó su perfil difuso; sinuoso, titilante, similar a como se ve el mundo cuando estás al borde del llanto. Según iba acercándose, el castillo perdía presencia. Se diluía acuoso, dejando traslucir lo que quedaba tras él, hasta que terminó por desaparecer en su totalidad. Ni la fortificación de piedra y madera, ni las cabañas de los campesinos y los artesanos, ni las huertas, ni los establos, ni los jardines... nada. No quedó nada. Ni siquiera el poderoso muro que en el pasado levantaron los gigantes para defender el puerto. La fortaleza al completo había desaparecido.

El mensajero, contrariado, observó el fenómeno y chascó la lengua. Antes de partir le advirtieron que Tintagel rozaba el fin del mundo, que se trataba de un lugar prodigioso en el que cualquier extravagancia era posible. La eventualidad de su desaparición resultaba de lo más inconveniente (habéis de saber que el mensajero era un hombre meticoloso al que sacaba de quicio el disloque de sus planes), más aún cuando estaba en juego el futuro de Britania.

Al morir el rey Constantino, los nobles se enzarzaron en agrias discusiones sobre la disyuntiva que suponía su sucesión. Por una parte estaba el mayor de sus hijos: Constante, que ha-

bía consagrado su vida a la religión y ejercía como monje de la iglesia de Anfíballo, en Güintonia. Por otra, los dos hijos menores, Aurelio Ambrosio y Úter, que aún dormían en cunas y que, en lugar de hablar, balbuceaban palabrejas babosas. Estando así las cosas, ninguno de los tres se encontraba en disposición de ostentar la dignidad real.

Fue entonces cuando Vortigern, el jefe de los gewiseos, se adelantó a todos y marchó en busca del primogénito. Le convenció de que debía abandonar los hábitos y hacerse cargo del reino. Acalló sus titubeos asegurándole que él le acompañaría, le aconsejaría, le serviría de apoyo y alivio, de manera que Constante aceptó la propuesta y depositó en él toda su confianza. El día en que el nuevo rey amaneció con el cuerpo cosido a puñaladas, se corrió la voz de que el asesino pertenecía al pueblo de los pictos, pero que en realidad su mano estaba guiada por el propio Vortigern.

Los regicidios no eran desconocidos en Britania, aunque servirse de semejante triquiñuela se consideraba recurso de intrigantes, impropio de hombres de honor. Incluso para ser asesino había que guiarse por unas normas de comportamiento morales. Pero no dio tiempo de valorar su integridad. Vortigern era un hombre ambicioso y predispuesto a la traición. Le importaban poco las críticas y pronto se colocó sobre la cabeza la diadema real.

Los leales a la sangre de Constantino se levantaron en armas y Vortigern condujo sus tropas por las ciudades, aniquilando a todo aquel que no accediera a someterse, incluidos mujeres, niños y ancianos. Estaba dispuesto a masacrar a su pueblo a cambio de conseguir sus objetivos. Los mejores soldados fueron asesinados y, pese a ello, Vortigern no encontraba un momento de paz. Era incapaz de frenar la rebeldía que burbujeaba. En cada región se escondía un enemigo al acecho y ya no

sabía en quién confiar. Hizo llamar a hombres de tierras lejanas para que le ayudasen en su campaña. Unos cuantos llegaron dispuestos a poner sus armas al servicio de Vortigern, entre ellos los sajones, con Hengist a la cabeza. Le sirvieron con tanta eficacia que se ganaron su confianza, hasta tal punto que acabaron tomándole bajo su control. Convirtieron a Vortigern en su marioneta.

Los ayos de Aurelio Ambrosio y Úter, temiendo que los niños corrieran la misma suerte que su hermano mayor, solicitaron ayuda al rey Budicio, que los aceptó en su corte. Pusieron el mar de por medio, rumbo a la Britania Menor. Pero de eso hacía mucho tiempo, y ya se sabe que el tiempo redefine los inconvenientes. Aurelio Ambrosio y Úter ya eran dos hombres y llevaban años reuniendo una importante flota con la que regresar para vengar a su hermano y reconquistar el reino de Britania.

El mensajero tenía orden de entregarle a mi padre la convocatoria para unirse a la lucha. Que el castillo de Tintagel se esfumase delante de sus ojos suponía un verdadero fastidio. El sol amenazaba con sumergirse en el mar. Los días eran cortos y pronto oscurecería. El viento agitaba las ramas de los árboles y la niebla comenzaba a descender, tiñendo el mundo de gris. El hombre llegó a la conclusión de que debía desandar el camino y descender la colina, en dirección a la última aldea que había dejado tras de sí, en busca de un lugar en el que pasar la noche. La alcanzó cuando comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia.

La aldea estaba compuesta de un grupo de casitas iguales las unas a las otras, hechas con madera de roble y techo de paja, junto a lo que parecían graneros o establos. Rodeaban una pequeña iglesia de piedra que, con el tiempo, había acabado forrada de musgo. Al sur se intuía un sendero ascendente. Sobre

la leve loma, una construcción más grande de lo habitual, con un cobertizo adosado, despedía el olor áspero de la fermentación de levadura de cebada. Allí sin duda elaboraban cerveza, lo que parecía indicar que se trataba de una taberna. Con suerte tendrían espacio para acoger a un viajero y su montura.

Desde fuera, el mensajero escuchó un clamor de voces y risas, pero al atravesar la puerta se hizo el silencio. El interior estaba oscuro y el ambiente era denso. De las vigas pendían cuatro faroles con los cristales velados por el humo. Había mesas, sillas, banquetas y arcones situados en torno a un cuadrado de piedras que acogía el fuego. Sobre él, un armazón de hierro de forma piramidal sujetaba un puchero en el que borboteaba un estofado de cerdo, cebolla y zanahorias. Desprendía un delicioso aroma. Las tripas del mensajero rugieron, haciéndole consciente en ese mismo momento del hambre que tenía.

Los aldeanos giraron sus cabezas y fijaron sus ojos en él. No parecían muy hospitalarios.

—Buenas noches —saludó el mensajero, mostrándoles su mejor sonrisa.

Un hombre de espaldas anchas se le acercó, secándose las manos en un mandil.

—¿Qué queréis? ¿Qué andáis buscando a estas horas por aquí? —le preguntó con gesto ceñudo.

Y es que no eran los mejores tiempos para acoger a desconocidos.

—Busco hospedaje para mí y acomodo para mi yegua —respondió él con el tono sosegado que usaría para hablar con un perro que le enseñara los dientes—. Traigo un mensaje para el duque Gorlois de Cornualles, pero el castillo...

El mensajero vaciló durante dos segundos que se hicieron eternos.

—El castillo... —repitió el tabernero con mirada suspicaz.

¿Cómo terminar la frase? ¿Acaso pensaba decir que el castillo había desaparecido delante de sus ojos? No quería que lo tomaran por loco.

—El castillo... pues... pues... que se me ha hecho tarde —zanjó sonriente—. No lo alcancé de día.

El tabernero hizo un repaso a cada rincón de su anatomía en silencio. Debió concluir que era inofensivo, porque aspiró el aire de forma ruidosa y se encogió de hombros.

—No vemos forasteros muy a menudo por aquí. Sentaos —le indicó señalando una mesa vacía—. ¡Gwyneth! ¡Gwyneth! ¿Dónde estás, calamidad? Pon comida en esta mesa.

Una joven de ojos tristes se le acercó con una bandeja en la que llevaba pan de centeno, mantequilla, tarta de moras, una escudilla de estofado caliente y una jarra de cerveza. El mensajero la observó con atención, pero ella, a pesar de encontrarse allí en cuerpo, parecía tener el alma en otro lugar. En uno muy muy lejano. O quizás más allá.

—Gracias —le susurró él cuando la tuvo cerca.

Ella le lanzó una mirada esquiva y se dio la vuelta, alejándose sin responder.

—¿Permitís que os pregunte qué clase de mensaje le traéis al duque? —El tabernero le frenó los pensamientos, que se le habían quedado enredados en el vuelo de la falda de Gwyneth.

—Vengo en nombre de los hermanos Aurelio Ambrosio y Úter.

Un murmullo inundó la taberna y la muchacha, que en esos momentos se afanaba en darle vueltas al estofado, pareció volver en sí.

—¿Los hijos del rey Constantino? —preguntó con los ojos muy abiertos. Su voz sonó desafinada, porque la pobre Gwyneth le daba poco uso.

El mensajero asintió orgulloso, masticando un pedazo de pan que acababa de meterse en la boca.

—Desembarcaron en Totnes hace quince días —aclaró, después de tragar con dificultad. Le dio un buche a la jarra de cerveza y continuó hablando—: Sus aliados acudieron de todos los rincones para recibirlos y rendirles homenaje. Las altas jerarquías del clero ungieron rey a Aurelio.

—¿Y qué hemos de esperar? —preguntó el tabernero—. He vivido lo suficiente como para ver nuestras ciudades enfrentadas, a nuestras gentes matándose sin piedad, a los bárbaros sembrando el caos...

—Pero todo eso va a cambiar —interrumpió el mensajero con jactancia—. Aurelio y Úter ya tienen edad de colgarse una espada en la cintura y el rey Budico les ha enseñado a luchar. Echaron sus barcos al mar y los encomendaron al viento, que con sabiduría los trajo hasta aquí, hasta su destino. Han regresado de Armórica para quedarse.

—¿Solo dos hombres contra un ejército de salvajes? —intervino en la conversación uno de los parroquianos, que estaba sentado en la mesa de al lado.

—Están reuniendo a todos los britanos que estén dispuestos para la lucha. No van a permitir que esos viles sajones devasten el reino de su padre. Vienen a auxiliar a sus compatriotas.

—¿Y qué pasa con el felón de Vortigern? —preguntó Gwyneth.

—¡Calla, criatura! A ti no te ha dado nadie vela en este entierro —la reprendió el tabernero.

El mensajero se puso de pie de un brinco, cogió el cuchillo de la mesa y, con actitud de espadachín, comenzó a hablar, sin apartar los ojos de la joven.

—Cuando el rey Aurelio Ambrosio tomó posesión de la corona dijo —carraspeó un par de veces e impostó la voz

para dar solemnidad a sus palabras—: «Vortigern traicionó a Constantino, mi padre. Convenció a mi hermano Constante para abandonar el monasterio en el que servía a Dios para imponerle la dignidad real solo con la intención de manipularlo a su antojo y asesinarlo cuando no le servía. Se hizo con la corona y trajo a la isla de Britania a sucios paganos que le ayudaron a derrotar a mis leales. Ese pueblo impío se mezcló con nuestras gentes y exterminó a nuestra nobleza, destruyó nuestros templos sagrados, arrasó nuestras tierras... Vortigern es el primero que debe pagar por sus miserias. Y solo tras ello, compatriotas, volveremos las armas contra los bárbaros que nos amenazan y arrancaremos nuestro país de sus sucias garras».

Aplausos y vítores inundaron la taberna: «¡¡Bravo!! ¡¡Bravo!!». El mensajero hizo varias reverencias, girándose en todas direcciones, y volvió a sentarse, dispuesto a seguir dando cuenta de su cena.

—¿Y cómo van a librarse de Vortigern? —preguntó de nuevo la muchacha, interrumpiendo el alboroto.

—Por todos los santos, Gwyneth... —protestó el tabernero—. Disculpadla, señor. Me ha salido insolente y preguntona. Y, para colmo, tiene la cabeza llena de pájaros.

—Vortigern está escondido en el castillo de Ganarew —respondió el mensajero, dirigiéndose una vez más a ella—. Hacia allá se encaminan ahora mismo. Por eso es urgente que avise al duque para que se reúna con ellos. Todos los hombres serán pocos para enfrentar esta lucha.

—El castillo de Tintagel tardará dos días en volver a hacerse visible —respondió Gwyneth, casi en un susurro, encogiéndose de hombros.

—Ponle otra cerveza al señor. Nadie quiere escuchar tus tonterías —la interrumpió el tabernero.

Ella agachó la cabeza, apartando la mirada.

—Yo sí quiero escucharte —le susurró el mensajero sin que nadie se diera cuenta cuando ella se acercó para recoger el vaso vacío.



Esa noche, Gwyneth esperó a que todas las luces de la taberna se hubieran apagado para colarse en el cuarto del mensajero. Se deslizó en su cama y supo cómo agradecerle las pocas palabras amables que había recibido en los últimos meses. Es posible que fuesen las únicas que le habían dedicado en toda su vida. Se amaron con prisa, para apagar la sed, y luego despacio, para saborearse. Al terminar, se quedaron abrazados, acariciándose.

—Era verdad que quería escucharte —dijo él, rompiendo el silencio—. Cuéntame lo que sepas del castillo de Tintagel.

—Nadie se atreve a pronunciar en voz alta lo que pasa allí.

—Pues dímelo al oído.

—¡No te burles de mí! —protestó ella incorporándose, frunciendo el ceño de forma infantil y haciendo ademán de buscar su ropa, aunque sin mucha determinación.

—No lo hago. De verdad. —La sujetó por el brazo y la atrajo de nuevo hacia él—. Cuéntamelo.

Gwyneth sonrió y volvió a posar la oreja en el pecho del mensajero. En realidad no quería marcharse, así que se alegraba de que se lo hubiera impedido.

—El castillo está encantado desde que el duque se casó con lady Igraine —dijo como si tal cosa, mientras trazaba círculos con la yema del dedo índice en torno al pezón del mensajero—. Lady Igraine es un ser extraño.

—¿Un ser extraño?

La joven se encogió de hombros y pareció dudar. Pronunció un par de frases un tanto deslavazadas, por lo que el mensajero dedujo que la rareza de mi madre consistía en ser una duquesa hermosa que nunca se había tenido que enfrentar al trance de batir su propia mantequilla.

—Lady Igraine es una sirena<sup>3</sup> —comentó al percibir que la atención de su interlocutor decaía.

—¿Una sirena? ¿Quieres decir que cintura para abajo, en lugar de piernas, tiene cola de pez?

—¡Claro que no! —indicó con rapidez. Pero acto seguido pareció dudar—. O... no sé... Quizás sí. Casi seguro que sí. Nadie sabe en realidad de dónde ha salido lady Igraine. Apareció de la nada. Desde que ella vive en el castillo ocurren cosas que no se pueden explicar. El lechero, Richard —aclaró—, que ha estado dentro, dice que, una vez allí, cuando cruzas una puerta pensando que al otro lado está, por ejemplo, la cocina, de súbito te encuentras en medio de un páramo. O que abres otra, porque quieres ir al establo, y acabas al fondo de la cueva que hay en la playa, empapado de agua salada, sin tener ni la menor idea de cómo has llegado hasta allí. Y yo le creo. Le creo de verdad, porque Richard no es lo bastante listo como para inventarse esas cosas. —Gwyneth aguardó unos segundos a que el mensajero manifestara alguna señal de estupor, fascinación o

---

<sup>3</sup> El castillo de Tintagel lo construyó, sirviéndose de magia, el rey Gradlon de Ys, como regalo para su adorada hija. Pero la princesa Dahut era tan bella como lujuriosa y sembró el reino de vicios, de manera que un providencial diluvio arrastró al pueblo de Ys hasta lo más profundo del océano. De su antigua grandeza solo quedó el castillo de Tintagel, que navegaba entre el mundo real y el de las hadas. Se decía que la hermosa Dahut tuvo descendencia y que dejó la costa de Tintagel infestada de sirenas.

extrañeza. En su ausencia, consideró adecuado seguir añadiendo ingredientes prodigiosos a su narración—. Y... y... hay espíritus. Y se oyen voces... y como pasos de piecillos por los corredores. Y...

—Sí que es raro —la interrumpió él, sin dejar de acariciarla—. Aunque lo que de verdad me parece increíble es que un castillo desaparezca sin más.

—Es que no desaparece.

—Ah... ¿no?

Gwyneth negó con gravedad antes de añadir:

—El castillo sigue ahí, lo que pasa es que se encoge hasta quedar como una bellota.<sup>4</sup> —Hizo el gesto de sostener el fruto invisible con los dedos índice y pulgar, para dejar claro el minúsculo tamaño que alcanzaba—. No puede verse porque los ranúnculos son más altos.

—¿El castillo está oculto entre los ranúnculos?

—O entre la dedalera, si es verano —puntualizó Gwyneth.

---

<sup>4</sup> Gwyneth estaba en lo cierto, aunque desconocía la circunstancia última por la que el castillo de Tintagel encogía. Los incautos que no examinan con cuidado el terreno en el que prevén edificar sus edificios se arriesgan a hacerlo en territorio de hadas. Si estas ven invadido su espacio pueden tomar medidas drásticas, que incluyen el traslado o destrucción del edificio en cuestión, sin importarles que se trate de una casa particular, una iglesia o un castillo. Se conoce el caso de una familia de Hibernia cuyo granero se adentraba en uno de los senderos que las hadas utilizaban para acudir a sus danzas nocturnas. De madrugada, la casa parecía cobrar vida. Se oían extraños ruidos, como de arañazos en las puertas o de rechinar de dientes. Las paredes temblaban y el fuego de la chimenea oscilaba. Los extraños fenómenos no cesaron hasta que la familia demolió el irrespetuoso granero. Por fortuna para el duque, el castillo de Tintagel se encontraba en un camino que los seres feéricos solo utilizaban durante los solsticios de verano y de invierno, de manera que se limitaban a encoger el edificio esos días, para que no interfiriese en sus idas y venidas.

—Pues tendré que ir allí y empezar a arrancar hierbajos para encontrar al duque, porque el asunto es urgente.

—Ya te dije que el castillo volverá a verse dentro de dos días. Pero debes tener cuidado cuando entres. Lady Igraine podría convertirte en puerco.

—¿Por qué en puerco?

—O en queso.

—¿No tendrás hambre por casualidad? —se carcajeó el mensajero.

—O en un tronco seco para lanzarte al fuego y así hacerte desaparecer. —Gwyneth parecía preocupada de verdad. Se incorporó y le miró fijamente a los ojos—. En serio. Debes tener cuidado.

—Lo tendré —prometió el mensajero.



Dos días después, tal y como Gwyneth había predicho, el castillo surgió sobre el acantilado en todo su esplendor, y el mensajero pudo entregar su comunicado. Mi padre tardó una semana más en convocar a sus hombres para la guerra. Al despedirse de mi madre, ella le informó que habían pasado tres lunas desde su última sangre menstrual. Él la observó, esperando. Llevaba mucho tiempo anhelando ese milagro esquivo. Mi padre deseaba más que nada en el mundo un heredero, una criatura que llevase su nombre a la que poder legar el ducado de Tintagel. Había visto a otras mujeres palidecer y enfermar en las mañanas, haciendo ascos a las comidas. Sus pechos crecían, perdían la cintura y sus vientres se engrosaban. Pero mi madre no mostraba ninguno de aquellos síntomas. Seguía igual de serena y etérea.

—Eso quiere decir que... ¿vamos a tener un hijo? —musitó aún sin creerlo.

—Quizás sea una niña.



Mientras mi padre estuvo luchando, la vida en el castillo continuó adelante sin mayor sobresalto. Mi madre decía que el embarazo le daba sueño y se volvió perezosa; se levantaba a media mañana. Ni el canto del gallo, ni las campanas de la capilla, ni el martilleo del herrero en el yunque variaron esa rutina. Cuando se despertaba, una de las damas le llevaba a la cama pan de centeno, queso y leche. Ella masticaba despacio, sonriente, dejando que le cepillaran el cabello una y mil veces mientras escuchaba sus chismorreos y reía. Ya vestida, si hacía buen día, salían a pasear por el jardín para que le diera el sol y luego regresaban para seguir componiendo el ajuar que acogería mi llegada. Pero el tiempo pasaba. Hacía más de un mes que en la huerta de Tintagel habían florecido los manzanos y no se percibía en mi madre señal alguna de que estuviera en cinta. Su cuerpo era igual de breve y espigado que el día de su boda, de modo que pronto surgieron rumores de que su embarazo podía ser una más de sus ensoñaciones.

Dos semanas más tarde, los sirvientes del castillo estaban inmersos en los preparativos para la noche de Litha<sup>5</sup>, así que no se percataron de la ausencia de mi madre hasta la hora nona. Se preguntaron unos a otros, pero nadie sabía decir desde hacía cuánto tiempo faltaba. La buscaron infructuosamente en todas

---

<sup>5</sup> En Litha, el sol alcanza su cenit en el firmamento. Es el día más largo del año. El cristianismo lo renombró como «la noche de San Juan».

las estancias del castillo, en los corredores, en los miradores y en los jardines.

Nada.

Decidieron bajar a la playa de gujarros que quedaba bajo la fortaleza, aunque era una locura pensar que pudiera encontrarse allí, pues la costa de Cornualles llevaba varios días sufriendo el azote de las tormentas. El estruendo del mar desestabilizaba los nervios de los habitantes de la casa y espantaba a las bestias. Pero sabían que a mi madre le gustaba ir allí para escapar del desinterés que sentía por la gente del castillo, entre los que se incluía su propio esposo. Se sentaba en una roca y observaba el mar mientras cantaba en un idioma desconocido, desenredando su larga melena con un peine de plata.

Una de sus damas de compañía descendió los estrechos escalones, húmedos y resbaladizos por culpa de la tormenta, poniendo atención en no despeñarse. El viento soplaba en todas direcciones, enredando su cabello frente a los ojos, impidiéndole ver lo que quedaba delante. Una ráfaga le arrancó el echarpe con el que se cubría los hombros y eso la hizo trastabillar. Si se descuidaba, podría acabar con el cuerpo destrozado, al final de las escaleras.

—Maldita mujer —murmuró entre dientes.

Intentó contrarrestar la fuerza de la maldición persignándose, pero enseguida volvió a aferrarse a la baranda. Tenía que sujetarse con ambas manos para bajar con un mínimo de estabilidad. «¿Dónde se habrá metido? No solo se pone en peligro ella. A los demás también nos expone».

Ya estaba oscureciendo. La luna luchaba por asomarse entre las nubes, proyectando un brillo empañado.

—¡Señora! ¡Señora! ¡Lady Igraine! —gritó.

Pero el viento rabioso arrancó las palabras de su boca. Las envolvió, dejándolas inservibles, enviándolas al recóndito lugar

al que van a parar los besos de amor que desearíamos haber dado, pero que nunca dimos.

Llegó al final de la escalera justo cuando un relámpago se clavaba en el horizonte marino, anticipando el retumbar del trueno. El bramido de las olas le ponía la piel de gallina; su ropa estaba húmeda, se sentía incómoda. Los pies se le hundían en la arena de la playa mientras caminaba en dirección a la cueva.

—Lady Igraine... —musitó al adentrarse en la oscuridad de la pared.

De pronto sintió temor. Y es que esa cueva daba miedo. Y más en la oscuridad.

Le vino el pensamiento de que podría encontrarse con una desgracia. ¿Qué haría si tropezaba con el cuerpo sin vida de su señora? Eso sería horrible. Cuando regresara el duque, mi padre, los mataría a todos por descuidar a su esposa. El corazón golpeaba el pecho de la dama con el desorden de un tonel despeñándose por una escalera.

—Lady Igraine... —repitió con la garganta seca.



Con el paso de los años, la historia de cómo aquella dama de compañía nos encontró a mi madre y a mí se convirtió en leyenda, al igual que otras tantas circunstancias de mi vida. Dijo que mi madre estaba serena, sentada en una roca, conmigo desnuda en su regazo. Que el mar rugía a intervalos. Que las olas jadeaban.

—¡Por todos los santos! —clamó, acercándose para cobijarme entre sus brazos—. ¡Habéis dado a luz sin ayuda!

Al posar sus ojos en mí, tuvo que tomar aire para contener un grito. Se le erizó el pelo de la nuca. Por un instante

pensó que yo estaba muerta, porque no me movía ni emitía sonido alguno. Mi piel blanca y lisa contrastaba con el lustroso pelo oscuro y ondulado que coronaba mi cabeza, como algas varadas en la playa, impropio de una criatura recién nacida.

—¡Por todos los santos! —volvió a susurrar.



Cuando mi padre regresó a Tintagel, yo ya había vivido dos lunas llenas. Se marchó convencido de que mi madre daría a luz sin estar él en casa y batalló durante todo ese tiempo ignorando si yo era niño o niña. En un par de ocasiones, los hombres brindaron a la salud de su primogénito. Pero él apenas sonrió y bebió sin levantar el vaso, temeroso de tentar al diablo y que la criatura que aún no había llegado al mundo se malograra. Según la tradición romana, el valor residía en los varones. Sería un orgullo aportar un heredero al ducado, un caballero, un cazadragones que le daría aún más brillo a su estirpe. Y esa grandeza dependía de algo sutil, diminuto, una leve protuberancia que lo determinaba todo. Pero nací sin ella entre las piernas.

—Es una niña, Gorlois —le informó mi madre nada más verle.

—Una niña... —murmuró él.

El hombretón que acababa de llegar de la guerra sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Poco importaba que hubiera encabezado las huestes que se dirigieron al castillo de Ganarew, donde Vortigern estaba escondido, que hubiera dado la orden de asediar sus murallas o que hubiera sido el primero en prenderle fuego a la fortaleza por los cuatro costados hasta

constatar que los demonios habían arrastrado a Vortigern hasta lo más profundo del infierno. Todo su valor desapareció ante la cuna en la que yo me encontraba.

—Una niña...

Mi padre era consciente de lo que la gente decía de su esposa. A todo ello había que añadir las majaderías que el mensajero le contó respecto a la invisibilidad del castillo. Aunque nunca le prestaba atención a los murmullos de la plebe, ahora que sabía que yo era una niña, sentía cierta desazón. ¿Heredaría una hembra las peculiaridades de la madre?

—Tiene los ojos del color del mar —dijo tragando saliva.

—La trajo el mar. Como al hada Clíodhna<sup>6</sup>. En la novena ola —informó mi madre sin dejar de sonreír.

—Como al hada Clíodhna...

Mi padre me observó, perturbado. ¿Acaso no sería ese tono de piel nacarado el indicativo de algún tipo de tara? Había escuchado historias de hombres que enlazaban su estirpe con seres fééricos. Aquellas criaturas sensuales y misteriosas imponían absurdas condiciones a sus esposos: «No debes verme durante el parto, no debes verme mientras baño a nuestros hijos, no debes verme durante el novilunio»... A veces, de esas uniones nacían seres deformes. Mi padre sintió un nuevo estremecimiento. Lady Igraine también le hizo prometer que jamás la vería desnuda. Y él lo había respetado. Dormían en alcobas separadas, sus encuentros amorosos se pactaban con días

---

<sup>6</sup> Figura femenina de la mitología celta. Se la describe de gran belleza. Reina de la Tierra Prometida, diosa del mar, patrona del condado de Cork. Podemos encontrarnos con ella en la costa, pues se presenta en cada novena ola que rompe en la orilla. Dispone de tres pájaros mágicos, capaces de curar a los enfermos con su canto y cuya alimentación se basa en manzanas de un árbol que no es de este mundo. Se cree que ella misma puede convertirse en ave marina.

de antelación y se producían a oscuras. Él palpaba lo justo, temeroso de descubrir alguna monstruosidad en un descuido. Volvió los ojos hacia mí. ¿Acaso debajo de los echarpes no escondería yo, sangre de su sangre, una cola escamosa? ¿Qué haría él en ese caso?

Con el corazón en un puño, apartó despacio la ropa, dejando expuesta mi piel opalescente en la que se podían distinguir los caminos que trazaban mis venas. Revisó cada pulgada de mi diminuto cuerpo en busca de anomalías. Al llegar a la altura del ombligo, tragó saliva; terminó de apartar las mantas y suspiró aliviado. Recorrió con su índice las dos piernecitas que me alejaban del mito y me asentaban en el mundo real. Más tranquilo, contó los dedos de mis manos y mis pies, revisó mis uñas y que mi paladar estuviese cerrado. Colocó su manaza de guerrero en mi pecho para comprobar que el corazón me latía de forma rítmica.

Sonrió satisfecho. Yo era perfecta.

—¡Es perfecta! —exclamó antes de acogerme entre sus brazos.

Tiempo después me contó que nos quedamos mirando un buen rato, en silencio, como si nos estuviéramos reconociendo. Entonces lo supo: me amaba. Me amaba intensamente, como nunca amó antes a ninguna otra mujer. Como nunca amaría a nadie en el futuro. Y decidió que pondría todo su empeño en que yo recibiera la educación y el adiestramiento de un duque. De un primogénito. Yo sería una digna heredera del ducado, una dama que le daría aún más brillo a su estirpe. Él facilitaría que una mujer de su sangre accediera a todas esas dignidades. ¡Si hasta los cristianos aseguraban que santa Marta domesticó a un dragón! Su hija no iba a ser menos.

—Mi pequeña cazadragones, con ojos del color del mar —endulzó la voz, henchido de orgullo.

—Ya te dije que la trajo el mar —repitió mi madre.  
Y aquello determinó mi nombre.



Morgana me llamaron, porque nací del mar<sup>7</sup>. Y como el mar soy. Tengo el cabello ondulado y oscuro, y la piel salada. Como sus profundidades en una noche cerrada, soy insondable en la calma e insondable en la tempestad. El mar es caótico, inexacto, desordenado..., perfecto. Nadie observa el vaivén de las olas pensando que la menos espumada está defectuosa. Nadie en la orilla aprecia incómodo su monótono murmullo. Las personas se sienten atraídas por el mar. La tierra ancla sus pies, pero al sumergirse en el mar son libres. En el ir y venir de sus olas encuentran consuelo. Eso les gusta. Pero también lo temen. Ser libre y responsable de la propia existencia siempre asusta.

Como el mar, soy serena y acogedora. Mezo, susurro, canto, bramo. También soy impetuosa, inquieta e imprevisible. A veces, emotiva y pasional. Otras, enigmática e inquebrantable. Pero nunca falsa.

---

<sup>7</sup> La etimología del nombre de Morgana se debate desde hace siglos. La teoría más extendida considera que procede del galés *morcant* o *morgan*, que significaría ‘nacido del mar’. También podría partir de la expresión latina *mori-gena*, es decir, ‘nacida del mar’. El folklore bretón refuerza esa idea de ninfa acuática (Geoffrey de Monmouth la llama *nympha*) al hablar de unas sirenas conocidas como *morgan* o *mari morgan*. Un manuscrito del siglo IX señala que se trata de una antigua palabra bretona: *mormoroin*, ‘sirena’. Tras una discusión acerca de las diversas etimologías que habrían dado lugar al nombre de Morgana, Christian Guyonvarc’h y Françoise Le Roux propusieron una solución filológica al indicar que estaría formado por *mor*, ‘grande’, y *rigain*, ‘la reina’. Morgana sería, por tanto, ‘la gran reina’.

Nunca falsa.

Si lo hubiese sido..., si hubiese caminado de puntillas en lugar de marchar con el paso firme y la barbilla alta, si hubiese asentido las veces que dije «no» y hubiera pronunciado un «sí» para resguardarme en un rincón tranquilo, si me hubiera mantenido en silencio en lugar de denunciar a gritos traiciones o injusticias, si hubiese bajado los párpados ante quienes merecieron mi mirada de rabia, dolor o ira, si no hubiera ambicionado la gloria y la sabiduría, si hubiera congelado la alegría, apagado la pasión o amado con apatía..., si no hubiese besado labios prohibidos, ahora mi historia no tendría para vosotros mayor interés. Mi nombre, con suerte, sería un adorno en las leyendas que narran las gestas de mi hermano y sus nobles caballeros.

Pero no soy falsa.

La vida de cada persona tiene distintas versiones: la real y la que se inventan los otros. Yo, Morgana le Fay, os voy a contar mi versión de la mía.